

ALFAGUARA



Verónica Lecomte

Cuando el mar
se ilumina



[Cubierta](#)

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[1. El lugar](#)

[2. Otras cosas](#)

[3. Nunca es bueno perderse](#)

[4. Aunque parezca lo contrario](#)

[5. «La noche estaba cerrada»](#)

[6. Hay que proteger a los muertos](#)

[7. Sin arreglo](#)

[8. Las acacias perdidas](#)

[9. Las gotas](#)

[10. Los zapallos y el cuarto de hora](#)

[11. Informe número uno](#)

[12. La demora y el detective](#)

[13. La despedida](#)

[14. Como el sapo Ruperto](#)

[15. La casa verde y amarilla](#)

[16. Informe número dos](#)

[17. La justicia divina](#)

[18. Hombres ciegos y dulces adicciones](#)

[19. La alianza](#)

[20. Las veinte primeras esperando](#)

[21. Cosas de verdad](#)

[22. Dulzura y confusión](#)

[23. Botones y tocayos](#)

[24. Impalpable](#)

[25. Santo remedio](#)

[26. Sabor amargo](#)

[27. Alrededor de la mesa](#)

[28. La sorpresa de la despedida](#)

[29. La Mimosa](#)

[30. En lo profundo](#)

[31. A la intemperie](#)

[32. La habitación azul](#)

[33. Chusmerío](#)

[34. Como pez en el agua](#)

[35. El encanto](#)

- [36. Mantelitos, botes y muchas cosas más](#)
- [37. Los viajes de la memoria](#)
- [38. Prioridades](#)
- [39. Las ocurrencias](#)
- [40. El pocillo](#)
- [41. Una vaca azul](#)
- [42. Duplicado](#)
- [43. Bifes sin pimienta](#)
- [44. La casa blanca](#)
- [45. Atando cabos y sellando tratos](#)
- [46. El pedido](#)
- [47. Algunas pérdidas](#)
- [48. Casi sin palabras](#)
- [49. Cien veces](#)
- [50. La ventana de Pierre](#)
- [51. Un lugar para el corazón](#)
- [52. Ambos](#)
- [53. Todo pasa](#)
- [54. Los cuadernos al sol](#)
- [55. La invitación](#)
- [56. Al son](#)
- [57. Del otro lado](#)
- [58. Nunca se sabe](#)
- [59. Servicios especiales](#)
- [60. Piense, piense...](#)
- [61. Antes y después](#)
- [62. Inquietudes](#)
- [63. El regreso](#)
- [64. Los visitantes](#)
- [65. Los caramelos de la piñata](#)
- [66. La previa](#)
- [67. La torta de pescado](#)
- [68. No se sufre](#)
- [69. Dos pares](#)
- [70. Como en casa](#)
- [71. Comienzos](#)
- [72. Caminata en la orilla](#)
- [73. Corriendo la venda](#)

- [74. Se va, se va](#)
- [75. Sin cuerpo no hay funeral](#)
- [76. La tirilla](#)
- [77. Antes del regreso](#)
- [78. Desprendimiento](#)
- [79. El té](#)
- [80. Como antes](#)
- [81. La más valiente](#)
- [82. El navegante](#)
- [83. La segunda](#)
- [84. Dulce de leche](#)
- [85. El aparato](#)
- [86. Como un destello](#)
- [87. Aquí y allá](#)
- [88. Hoy es la noche](#)
- [89. La mujer pescado](#)
- [90. La cita](#)
- [91. Etiquetadas](#)
- [92. Té para todos](#)
- [93. Ya es tiempo](#)
- [Epílogo. El lugar](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Biografía](#)
- [Otros títulos del autor](#)
- [Legales](#)
- [Grupo Santillana](#)

*Se hizo esperar siete años, pero valió la pena.
A mi hermana Virginia, que parece no cansarse de ser
tan necesaria.*

UNO

El lugar

Decían que el incendio había comenzado en el living y que la causa había sido una vela olvidada por algún huésped en horas de la madrugada, cuando el resto ya se encontraba en sus camas. La primera en advertir el desastre fue la cocinera, que llegaba temprano, con una bolsa de naranjas, seis huevos y un kilo de harina, destinados a formar parte de una torta para el desayuno. Gritó y corrió desesperada en busca de los dueños de la posada, que dormían en una de las habitaciones más cercanas al lugar, donde las llamas engullían los caballitos de mar estampados en las cortinas.

A partir de allí el caos fue complicando las cosas y alimentando el fuego en forma directamente proporcional. Los huéspedes corrieron, se pecharon, intentaron salvar sus equipajes, se cubrieron la cara, tosieron, lloraron, gritaron, y muchos de ellos sacaron fotos. Fotos para llevar a sus casas y mostrar a sus familiares o amigos, para publicar en alguna página social de Internet o simplemente para ahuyentar el miedo a terminar calcinados.

Cuando Antonia bajó del ómnibus también corrió, se pechó con otros viajeros y sacó la Néstor 2008 para sumarse a la tormenta de obturadores. Se fue acercando poco a poco y finalmente entró en la posada, donde, a pesar del humo y del calor, pudo tomar muchas fotos.

En el momento en que una estantería de madera repleta de libros, discos compactos e infinidad de chucherías cayó a escasos metros de donde ella se encontraba, decidió dar por terminada su labor, no sin antes salvar algunos ejemplares que cargó en la falda del vestido.

Afuera se estaba formando una cadena humana que transportaba baldes con arena o con agua que iban trayendo de diversos lugares y pasaban de mano en mano, hasta llegar a los últimos eslabones: cuatro hombres y tres mujeres que arriesgaban sus pellejos al vaciar los contenidos sobre el fuego. Antonia, luego de poner los libros que había rescatado, uno sobre el otro, al costado de una piedra, siguió sacando fotos, ahora más interesada en esas personas que parecían saber de antemano cuál era el procedimiento, que en las columnas de humo y en las llamas, que venían ganando el partido por goleada. Y allí estaban, el dueño del almacén, y los de la agencia de excursiones, y los artesanos de la plaza y la directora de la escuela, y el médico, y la mujer del puesto de empanadas y algunos veraneantes que apenas entendían español, y los dos pescadores viejos de la zona, y el que alquilaba sombrillas, y se seguían sumando y corriendo, lugareños y visitantes, unos en busca de agua y arena, otros para formar parte de la máquina transportadora y los más arriesgados para reforzar la columna de avanzada en la zona donde el calor estaba listo para asarle los sesos a los que se atrevieran a interrumpir su balde.

Así fue que Antonia descubrió que aquel extraño sitio donde abundaba la arena y escaseaba la vegetación, donde no había calles ni luces ni veredas, donde las casas se ubicaban caprichosas sin líneas ni criterios y donde más de cien personas se habían juntado para officiar de bomberos, era el lugar para quedarse.

Guardó la Néstor 2008 en la cartera y se puso en la fila a esperar la llegada de su balde.

DOS

Otras cosas

Abrió el ropero y fue sacando la ropa para colocarla en los estantes. No le insumió más de cuatro minutos, puesto que era muy poco lo que había llevado. Por primera vez en muchísimos años no estaba dentro de sus planes conocer alguien cuyo par de cromosomas número veintitrés fuera XY, y eso reducía considerablemente la cantidad de prendas de vestir que necesitaba.

Al armar el equipaje había optado por una mochila lo suficientemente amplia como para guardar lo justo y lo suficientemente pequeña como para que no castigara su espalda, y había decidido que no viajarían perfumes ni maquillajes. Excluyó la ropa interior de encaje, como forma de evitar tentaciones, y en la billetera no dejó nada que pudiera recordarle los trescientos cuarenta y cinco días del año que no eran vacaciones. Durante cinco minutos se debatió entre cargar o no su computadora portátil, y lo mismo con su celular. Pensó que no debía, pero aun así los guardó. Lo mismo hizo con una caja de alfajores y sonrió, disculpando, al menos, alguna de sus debilidades.

Se había preparado así para abandonar la ciudad en verano, sin rumbo fijo, por primera vez en muchísimos años, y hacer otras cosas. Otras, de las que se hacen cuando el sol amenaza, cuando dan ganas de comer sandía y orinar sin culpas en el agua salada.

Y dos días después, en un sitio alejado del mundo, ya tenía una cama, una mesa de luz y una pequeña ventana con vista al océano.

TRES

Nunca es bueno perderse

Alrededor de la mesa ya estaban instalados algunos de los huéspedes. La rubia que no hablaba español, los franceses recién casados, el joven de pelo largo y Antonia. Quedaban todavía varios lugares, pero no demasiados, solamente los necesarios para recibir a los otros posibles comensales. Frente a la inmensa olla, Dionisio picaba y sumergía los ingredientes que iban despidiendo olores y vapores a medida que la expectativa y el hambre crecían. Esa noche hacía frío, pero el patio donde se encontraba la mesa estaba resguardado por cuatro paredes, de las cuales dos eran de ladrillos y las otras dos, de cañas cubiertas por enredaderas. El techo también estaba tapizado con distintas especies de plantas que lo aislaban del sol durante el día y lo protegían del viento en la noche.

La rubia que no hablaba español seguía mirando su plato vacío sin tener demasiado claro en qué consistía el menú y por qué la habían convocado a cenar si las papas aún estaban crudas.

—¿Qué les parece si traigo vino o cerveza? —preguntó con timidez el joven de pelo largo, y miró a la rubia que no hablaba español.

—Cerveza —dijo Antonia.

Casi a la misma vez la pareja de franceses pidió lo contrario, vino.

—Entonces una cerveza y un vino —resolvió Antonia y dirigiéndose al hombre del delantal y el cucharón, agregó: —¿vos qué decís, Dionisio?

—«Si me dieran a elegir entre diamantes y perlas, yo elegiría un racimo de uvas blancas y negras...» —recitó miran-

do a Antonia y sin dar tiempo a réplica exclamó—: ¡Que en quince minutos esto está pronto y se toma con vino! ¡Tinto! Y si es casero mejor —dirigiéndose al joven del pelo largo, indicó—: decíle a la bolichera que vas de mi parte y que te dé vino del bueno, el de la damajuana.

El joven de pelo largo invitó a la rubia a acompañarlo.

—Claro —alentó Antonia—, acompañalo.

—Che, mirá que si vos querés cerveza no pasa nada —aclaró Dionisio levantando el cucharón de madera—. Cada uno se da sus gustos. Pero que va con vino, va con vino.

—Me parece genial. Sos el cocinero. Yo siempre tomo cerveza porque soy medio analfabeta en asuntos culinarios. No cocino, compro porquerías hechas, con muchos carbohidratos y calorías —soltó una carcajada para enseguida agregar, mientras elevaba un poco los brazos como dejando a la vista su cuerpo —: que como ven, se notan.

—Pero tú no eres gorda —intervino con gentileza Didier, mientras acariciaba la mano de Marie.

—¡Gracias! —festejó Antonia—, pero me sobran unos cuaaantos kilos.

—No tantos, no te preocupes —acotó Dionisio—. Y ni se te ocurra empezar la dieta justo ahora.

—¡Jamás! ¿Además quién habló de dieta? —dijo y se rio una vez más con entusiasmo—. Estos kilitos a veces entran en conflicto con la ropa que uso, pero no estoy dispuesta a hacer ningún sacrificio. Me encantan las cosas ricas, las que engordan, y ahora... con ese olorcito a cazuela ni se me ocurriría semejante disparate. ¿Le falta mucho?

—Un ratito —respondió Dionisio, de buen humor.

—Entonces cambiemos de tema —dijo Antonia—. La espera aumenta la ansiedad. ¿A qué se dedican ustedes? —preguntó mirado a la pareja de franceses.

—Yo soy profesor de español y Marie es ingeniera en computación.

—Con razón hablás tan bien —exclamó Antonia y enseguida agregó—: Y están de luna de miel, supongo —mirándolos con una inmensa sonrisa.

—Sí —dijeron al unísono.

—¡Tan jovencitos!

—No tanto. Marie tiene veinticuatro y yo veintiuno.

Antonia se rio y buscó a Dionisio con la mirada antes de hacer el comentario:

—¿Escuchaste eso? Dice que no tanto.

Dionisio sonrió y recitó parte de un poema.

—¿Escribís, Dionisio? —preguntó Antonia.

—Sí, algo escribo. Pero sobre todo me gusta leer poesía. Además tengo muy buena memoria y me las aprendo fácilmente. La de recién no es mía, supongo que la conocés.

—Me suena, pero no sé...

Dionisio se rio y le planteó el desafío de descubrir al autor.

—¿Hay premio? —preguntó ella.

—Capaz que sí —respondió Dionisio.

—No sé si podré porque jamás pude con la poesía. Tampoco con la cocina y menos con la memoria. Yo pensaba que era un tema de edad, porque antes tenía mejor memoria, pero veo que no, porque debemos de andar cerca. ¿Vos cuánto tenés? ¿Treinta y siete? ¿Treinta y ocho?

—Cuarenta y cinco —respondió Dionisio.

—Uy, la verdad que no se nota.

—Gracias, es el vino que me conserva —agregó en tono de broma y todos los demás adhirieron con risas.

—¿Hace mucho que trabajás acá? —preguntó Antonia.

— Sí, bastante. Antes solo me encargaba de la cena. Ahora le doy una mano a Rosa con el desayuno y si hay interesados en el almuerzo preparo algo. Pero en total, sí, hace bastante, como seis años... Clarita recién abría la posada.

—Rosa me contó —dijo Antonia.

Dionisio la miró y esperó. Ante el silencio de ella, preguntó:

—¿Te contó qué cosa?

Antonia se rio.

—Estuvimos charlando de todo un poco y de Clarita y el esposo, de cómo armaron la posada y todo eso. Una pena no poder conocerlos. Me hubiera gustado... aunque de re-

pente tengo suerte y llegan antes de que yo me vaya. ¿Vos sabés cuándo regresan?

Dionisio negó moviendo la cabeza, introdujo el cucharón de madera en la olla y lo movió lentamente.

—¿Los dueños de la posada no están? —preguntó Didier sorprendido.

—No —respondió Antonia—. Se fueron de viaje —miró hacia donde se encontraba Dionisio.

—Pensamos —se detuvo para incluir a Marie— que la dueña de aquí era Rosa, y tú —dirigiéndose a Dionisio.

—No. Ni Rosa ni yo somos dueños. Rosa quedó como encargada y yo solamente en esto, en lo mío.

Antonia se sintió tentada a seguir preguntando, pero frenó su natural impulso.

—Antonia, ¿cuántos días hace que llegaste? —preguntó Didier.

—Tres —contó y recordó el incendio, pero no mencionó el tema porque estaba cansada de escuchar hablar al respecto y no tenía ganas de que la charla se desviara hacia ese tema—. ¿Y ustedes?

—Hace dos, y nos quedamos siete más. No hay más licencia. Llegamos a casa y al día siguiente tenemos que trabajar. ¿En qué trabajas tú?

Antonia titubeó unos instantes y respondió:

—Oficina, trabajo en oficina —se levantó de la mesa para caminar hasta la puerta—. Para mí que aquellos dos se perdieron con la damajuana —comentó y sonrió con suspicacia.

—¿Llevaron linterna? —preguntó Dionisio

—No creo —dijo Antonia.

—Pueden estar perdidos —agregó Didier—. Nosotros nos perdimos la primera noche —recordó y señaló a Marie.

—Lo más probable —dijo Dionisio—. Aun con linterna no es fácil ubicarse, y ni hablar si se fueron sin nada. Voy a buscarlos —resolvió y le pidió a Antonia que vigilara el fuego.

—¿Querrán que los encuentres? —le preguntó Antonia, y dirigiéndose a Didier y Marie preguntó—: ¿ustedes la pasa-

ron muy mal cuando se perdieron en la oscuridad? —se rio con desenfado.

Antes de que los aludidos tuvieran tiempo de responder, Dionisio reiteró:

—Voy a buscarlos —y agregó—: nunca es bueno perderse.

CUATRO

Aunque parezca lo contrario

Sentada en la cama, abrió el archivo «Noctilucas» y leyó la definición que había encontrado: «[...] Estas algas tienen una enzima que, cuando reacciona con oxígeno, provoca un destello de luz». Luego abrió otro, titulado «Amigas y bichos» y antes de seguir sacó un alfajor. Le quitó el envoltorio y lo olió, con los ojos cerrados y la nariz a escasos milímetros de la cobertura de chocolate. «Mmm», susurró mientras la boca se le humedecía de deseo.

¿Alguna vez viste noctilucas? Había sido su pregunta disparadora, vía mail. Antonia seleccionó algunas de las respuestas y las guardó en un archivo, que ahora volvía a leer. «Bichitos acuáticos; el cabello de lemanjá flotando en el agua; espectáculo mágico...».

Detuvo la lectura para desperezarse y, a pesar de que tenía ganas de seguir leyendo los mensajes, apagó la computadora para ahorrar la carga. Recordó que no había llamado a Watson para saber de sus mascotas, y que tampoco se había comunicado con su padre. «Mañana de mañana lo hago», se dijo y luego de estirarse en la cama, sacó el MP3 de abajo de la almohada, buscó la canción que quería escuchar y entornó los ojos. Bastaron veinte segundos de música para que cambiara de idea y en menos de lo que sus pestañas demoraron en rozar sus parpados, ya había decidido irse a la playa. Diez segundos después estaba parada y buscando su campera, contradiciendo su decisión de digerir en calma la cena y el alfajor.

Guardó la linterna en un bolsillo del *jogging* y salió de su habitación. Caminó unos pocos pasos y llegó a la sala que, para su asombro, estaba vacía. Normalmente ese era el

momento en el que se reunían a tomar un café, según le había contado Dionisio. Allí todo era pequeño, colorido y, sobre todo, cercano. «La casa de los tres ositos», se dijo, y simultáneamente se preguntó cómo sería Clarita, cómo sería la mujer que había creado ese sitio donde era evidente que no existía una estética proyectada de antemano, y donde cada uno de los muebles y los objetos parecían tener una historia de vida. Antonia quedó suspendida unos minutos, disfrutando de la penumbra, observando los lugares carentes de respiración humana, iluminados escasamente por la luz de una diminuta lámpara alimentada por energía solar, colocada en un rincón, sobre una mesa de madera rústica que servía de apoyo a un candelabro y tres caracoles que aún conservaban el murmullo del mar.

«Y todos duermen», se dijo, sintiendo que debería dejarse contagiar por la sabiduría ajena y volver a su cuarto. Pensar en salir, en abandonar la madriguera y exponerse al viento marino que la esperaba en la playa le dio cierta pereza. Fue entonces que, casi a punto de desprenderse la campera y volver, escuchó un ruido proveniente de la habitación de la puerta rosada. Antonia se llevó las manos a la boca para retener cualquier sonido y pensó: «los franceses». Se quedó inmóvil, casi conteniendo la respiración y esperó. Al escuchar de nuevo los gemidos ya no le quedaron dudas y sofocó la risa con ambas manos. Como una ráfaga de aire nuevo, la energía de su imaginación le fue despabilando la modorra. «Siempre pasa algo», pensó, «aunque parezca lo contrario». Caminó en puntas de pie hasta la puerta y salió.